

Nos volvimos invisibles¹ en plaza Cibeles, de Madrid

Antonio González Montes

Vecinos inesperados pero felices de Madrid, Eliana y yo salimos, una mañana, del hotel con rumbos diferentes y acordamos encontrarnos algunas horas después en la plaza Cibeles, que está muy cerca de nuestro alojamiento, para dirigirnos desde allí hasta un restaurante en el que nos gusta almorzar. Ella se dirigiría al lugar de la cita marchando por la calle Recoletos y yo, que venía del local de la RAE, recorrería el Paseo del Prado. Quedamos en vernos a las 2 pm. y ambos, según nuestros relojes, llegamos casi puntuales o con un margen de tolerancia aceptable. En mi caso, anuncié que estaría en el lugar hacia las 2.15 pm. y así fue. Me ubiqué en un espacio de la calle Alcalá para ver aparecer a Eliana, pues todo indicaba que yo había llegado primero, pero pasaban los minutos y ella no daba señales de presencia. Conforme pasaba el tiempo, me fui impacientando y tejiendo una serie de suposiciones sobre el motivo de su demora, la cual atribuía a la proverbial impuntualidad de las mujeres.

Mas como mi reloj daba testimonio del avance raudo de los minutos, comencé a pensar que había tenido algún inconveniente que la obligó a retrasar su salida; temí que podía haberse perdido aunque esta posibilidad era casi nula porque Eliana se orienta muy bien y la distancia que debía recorrer es breve y la habíamos hecho casi a diario. Angustiado por la espera, yo recorría el espacio acordado, de este a oeste y de norte a sur, sin ubicar a mi amada ausente. Hasta que cansado de aguardar, di por agotada mi paciencia y me dirigí al hotel para saber qué había ocurrido. En pocos minutos llegué allí y casi lo primero que vi al entrar a la recepción es a la autora del libro *Desde el otro lado* (poemario publicado y presentado en Lima, en 2015), quien me disparó una mirada de reproche semejante a la que yo le enviaba. Me acerqué a ella y le increpé su falta y Eliana hizo lo mismo que yo, discutimos acalorados algunos instantes, comprobamos luego que los dos habíamos estado en el lugar y a la hora acordados, pero por alguna razón misteriosa, la diosa Cibeles había querido jugaros una broma para bautizar nuestra flamante presencia en esta mágica ciudad. La deidad de origen griego que preside esta hermosa plaza nos volvió invisibles, el uno para el otro, durante algunos momentos, a los dos flamantes turistas peruanos. Por eso no nos vimos, pese a estar en el mismo teatro de los sucesos callejeros. Los dioses tienen sus caprichos y hay que aceptarlos, más cuando uno está en sus dominios. Gracias, diva Cibeles, por hacernos objeto de esta grata anécdota, que me ha dado pie para escribir esta breve y agradecida crónica madrileña.

¹ Madrid, miércoles 15 de marzo de 2016.